

El gobierno desautorizó á Lesdiguières (1), pero no se atrevió á darle la orden formal de regresar á Francia, por miedo de que el mariscal, descontento, se uniera á los príncipes y sublevara el Mediodía hugonote. Para salir de todas estas dificultades, pensó Richelieu, según lo escribía en 26 de diciembre de 1616 á Bethune, embajador extraordinario en Roma, «emprender un camino muy distinto» del seguido hasta entonces, y encargarse él mismo de la negociación. Confiando en que los beligerantes cederían de mejor gana al rey, cuando éste personalmente «conociese de sus asuntos,» que á sus representantes en el extranjero, quería obligar al duque de Saboya á invitar á los venecianos á que enviaran como delegados á París, para zanjar sus diferencias con España, al duque de Mantua y al archiduque de Estiria, haciéndose la ilusión de «conservar (de este modo) la paz» por sí mismo y de «establecerla en toda Europa» (26 de diciembre de 1616).

El plan era atrevido: aquel gobierno que, desde la muerte de Enrique IV, trabajaba para eclipsarse, de pronto reclamaba nuevamente el primer lugar. Richelieu no tardó en comprender que había apuntado demasiado alto. Los venecianos, sin dejar de solicitar sus buenos oficios, hacían, á espaldas suyas, «gestiones análogas en España con el mismo fin,» y su litigio con el archiduque Fernando fué sometido á Madrid, mientras el del duque de Saboya con España debía «ser resuelto en Roma,» substraéndose, por consiguiente, á Francia ambas negociaciones á la vez. Richelieu no ocultaba su mal humor contra la República que ha privado al rey de la gloria que le era debida «transfiriéndola á otro;» y protesta con altanería de que Luis XIII no ha «merecido perder el título que el difunto

1617 rey, su señor y padre, conquistó para esta corona de árbitro de la cristiandad» (12 de febrero de 1617). De este primer choque con la realidad diplomática conservará Richelieu un sentimiento de desconfianza contra los venecianos y de despecho, que más tarde se convertirá en odio, contra los españoles, y la resolución de obrar con prudencia y de vigilar su imaginación; pero también deducirá de él (cosa notable) razones para esperar: «Solamente os diré, de vos para mí, escribía á Bethune, que la terminación de este negocio nos hace ver que, no obstante nuestra debilidad, no hay ahora todavía príncipes más poderosos que el nuestro en la cristiandad, no viendo que los que están acostumbrados á hacer bravatas de palabra estén en estado de hacerlas en realidad...» Y al decir esto acertaba (12 de febrero de 1617) (2).

(1) Avenel cree que Richelieu alentaba la expedición aunque la condenaba públicamente; pero los textos demuestran lo contrario. Véase la carta de Richelieu á Pericard, representante de Francia en Bruselas, de 13 de enero de 1617 (*Lettres*, I, 250); y la de Richelieu á Bethune, de 18 de enero (I, 260). En cuanto á la carta de Richelieu á Lesdiguières, tantas veces citada (27 de enero, *Lettres*, I, 274), es una contestación vulgar á las felicitaciones que Lesdiguières le había dirigido por su nombramiento de secretario de Estado.

(2) Richelieu se felicitaba, á pesar de todo, de la conclusión de la paz en Italia. El mismo día (12 de febrero de 1617, *Lettres*, I, págs. 297-298) escribía á Bethune: «Me ha complacido mucho saber, por lo que me habéis escrito, que el señor de Lesdiguières, afectado por el disgusto que su viaje causa á Sus Majestades, se dispone á tocar muy pronto retirada al punto de donde ha sali-

IV.—La desgracia de María de Médicis

El punto débil de aquel gobierno era que aquellos hombres enérgicos pasaban por ser hechuras de un favorito á quien todo el mundo detestaba. Para intimidar al pueblo, Concini había hecho levantar, á principios de 1617, horcas en diferentes sitios de París; y por añadidura hacía vigilar, «observar y espiar á todos hasta en las casas y ver quién entraba y salía de París,» y encarcelar «á aquellos que inspiraban la más pequeña sospecha, sin otra forma de proceso.»

Poseía la ciudadela de Caén, ocupó Pont-de-l'Arche y comenzó á fortificar Quilleboeuf; se proponía hacer reconstruir el fuerte de Sainte-Catherine, sobre Ruán; negociaba la compra de los gobiernos de Meulan, Pontoise y Corbeil; y se le atribuía la ambición de hacerse nombrar condestable. En vez de disimular su poder, hacía de él ostentación y quería que todo el mundo creyese y supiese que era omnipotente; y miraba á Barbín, á Mangot y á Richelieu como criados suyos, y no encontrándolos bastante dóciles pensaba reemplazarlos. La misma María de Médicis estaba cansada de la jactancia del marido y del carácter sombrío de la mujer, que la trataba de *despiatata*, de *ingrata*, de «grosera,» y hubiera querido enviarlos á Florencia. Leonor estaba dispuesta á ello, pero Concini quería probar fortuna hasta el fin.

Richelieu y Barbín, alarmados por sus extravagancias y temiendo perderse con él, ofrecieron su dimisión á la reina madre, la cual les suplicó que continuaran prestándole sus servicios; pero Richelieu tomaba sus precauciones y, según parece, hizo decir á Luis XIII «que nada habría, ni de su competencia ni de los otros negocios de que él tuviera noticia, de que no le diera fiel aviso.» «El rey, escribe Richelieu, se acordaba de que, siendo yo secretario de Estado, me había mandado ciertas cosas que yo había cumplido fielmente.»

Concini hubiera debido asegurarse del afecto del rey. Luis XIII tenía diez y seis años y su madre había alejado de su lado á todos aquellos que podían inspirarle un sentimiento de ambición; pero no había desconfiado de un hidalgo provenzal, Carlos de Albert de Luynes, que tenía veintitrés años más que su hijo y que era maestro en el arte de adiestrar para la caza aves de presa, picagregas, esparavanes, etc. El joven rey, que amaba con pasión la caza al vuelo, había demostrado, desde 1614, especial afecto á ese hombre que tan bien se amoldaba á sus aficiones. Su médico Hervard dice que soñaba con él, y habiendo su ayo Souvré, celoso de aquel cariño, prohibido á Luynes que entrara en su cámara, Luis XIII pidió á su madre que despidiera al señor de Souvré y, á consecuencia del enfado, tuvo cinco días de calentura. El rey elevó á su favorito desde el cargo de «maestro de las aves del Gabinete» al de jefe de sus gentileshombres ordinarios y en 1615 le dió el gobierno de Amboise.

María excluía á su hijo de los Consejos y de los negocios. Se ve que las dos cartas de Richelieu á Lesdiguières, de 12 de marzo de 1617, escritas un mes después que aquella, no pueden contener ninguna segunda intención; en ellas se trata únicamente de la actitud adoptada por Lesdiguières en el conflicto entre el gobierno y los grandes, y no podían tratar de otra cosa desde el momento en que el gobierno había aceptado, aunque de mala gana, el seguir la negociación en Roma y en Madrid.

gocios, y hasta corría el rumor de que Luis XIII era incapaz de entender de ellos «y de que su salud no era bastante fuerte para cuidarse de tales cosas.» A medida que crecía, la reina y el mariscal le hacían vigilar de más cerca: «Véase, pues, reducido desde hacía más de seis meses á pasearse por las Tullerías, en donde tenía por toda compañía á un criado encargado de los perros, á varios jardineros y á algún halconero ó á un encargado de una pajarera que había hecho construir allí. Pasaba el tiempo mandando hacer algunas elevaciones de tierra, se divertía haciendo llevar céspedes y trabajar en ellos en su presencia, y hasta él mismo conducía y arrastraba las carretas y los volquetes en que se transportaba la tierra...» Los consejeros y los secretarios de Estado «no se atrevían á verle, mirarle ni hablarle sin exponerse á ser expulsados.» El monarca sufría al verse de este modo preterido, y debía sufrir tanto más cuanto que las frases suyas consignadas por Hervard revelan en él la afición á la autoridad y el sentimiento de su dignidad. En una ocasión en que observó que Condé no hablaba á la reina madre con el respeto que exige la etiqueta, dijo, dirigiéndose al canciller: «Señor canciller, esto no debe tolerarse.» No quiso permitir que los capitanes de los guardias subieran á su carroza, como lo hacían desde los tiempos de Enrique IV: «Les han acostumbrado á ello poco á poco, dijo; poco á poco les haré yo perder la costumbre.» Cuando en 1614 el duque de Vendome fué á Nantes para someterse, díjole Luis XIII con voz temblorosa de cólera: «Servidme en lo porvenir mejor que me habéis servido en el pasado y sabed que el mayor honor que podéis tener en este mundo es ser mi hermano.»

A menudo el mariscal de Ancre, escoltado por dos ó trescientos hidalgos, se pavoneaba en el patio del Louvre mientras el rey le contemplaba desde una ventana sin tener junto á sí más que á Luynes y á algunos criados. El monarca no lograba que los tesoreros del Ahorro le facilitaran 2.000 escudos, y Concini, para colmo de humillación, se los ofrecía; y este advenedizo se jactaba de sostener con su dinero 6.000 liejenses que había reclutado para combatir á los príncipes y escribía á Luis XIII: «No tenga Vuestra Majestad preocupación alguna... por el gasto que hago para su servicio,» como si su fortuna no se hubiese formado únicamente con el dinero de aquel á quien pretendía servir.

Luis XIII hablaba con Luynes de todas estas humillaciones, y para poner á ellas término pensaron los dos huir de París y aun reunirse con el ejército de los príncipes; pero consideraron más fácil y más seguro otro proyecto, cual era el de deshacerse del mariscal. La cosa quedó resuelta entre el rey, su favorito, tres hidalgos, un humilde sacerdote, Deageant, espía de Luynes y dependiente de Barbín, y algunos criados, y como instrumento de ejecución se aseguraron de Vitry, capitán de los guardias, que entraba en servicio en 1.º de abril.

Los ministros, en tanto, tenían prisa por acabar con la rebelión de los príncipes. Los tres ejércitos reales, provistos de dinero y de hombres, operaban vigorosamente: Montigny había hecho capitalizar la ciudad de Nevers, y Guisa se había apoderado de Chateau-Porcien y de Rethel (18 de abril) y se apercebía á atacar Me-

ziers, única plaza que conservó Nevers en su gobierno de Champaña.

El conde de Auvernia, dueño de Pierrefonds (1.º de abril), bloqueó á Mayenné en Soissons, y no les quedaba á los rebeldes más remedio que rendirse á discreción, cuando en la tarde del 24 (de abril) los sitiadores oyeron gran ruido de trompetas y tambores en el interior de la plaza, mientras uno de los sitiados gritaba á los soldados que estaban de servicio en la trinchera: «El mariscal de Ancre, vuestro amo, ha muerto; el rey, nuestro señor, lo ha hecho matar.»

En la mañana del 24 de abril, el mariscal de Ancre entraba en el Louvre por la puerta principal, la de la parte de San Germán l'Auxerrois, acompañado de una cincuentena de hidalgos; Vitry, que con algunos compañeros, acechaba su llegada, se acercó á él y, poniéndole la mano en el brazo derecho, le dijo: «El rey me ha ordenado que me apodere de vuestra persona.» El mariscal gritó: «A me» (A mí), pero inmediatamente cayó muerto de varios pistolazos. De todos los hidalgos que formaban su séquito «sólo uno echó mano de la espada, Saint-George, que después fué capitán de las guardias del cardenal Richelieu.»

El rey y Luynes esperaban inquietos dispuestos á huir si el golpe fracasaba; los gritos de «¡Viva el rey!» les enteraron del feliz desenlace. El coronel general de los corsos, de Ornano, levantando á Luis XIII en sus brazos, lo mostró por la ventana á los hidalgos y á los soldados de la guardia que reunidos en el patio aclamaban al monarca. La reina madre comprendió que su poder había concluido: «He reinado siete años, dijo; ya no espero más que una corona en el cielo.» La noticia corrió rápidamente por todo París. Luis XIII había enviado á buscar inmediatamente á los antiguos ministros de su padre; numerosos hidalgos acudieron á felicitarle, y el abogado general Servin, que al salir de la audiencia se había enterado de lo ocurrido, encontró, según él mismo refiere, al rey en la galería, acompañado del duque de Soissons, del cardenal de Guisa, del duque de Luynes y de otros señores en gran número.» Entonces le dijo el rey llorando lágrimas de alegría: «Ahora soy rey, soy vuestro rey; lo he sido, pero lo soy y lo seré, Dios mediante, más que nunca.» Dispensó una acogida afectuosa al primer presidente y á los diputados del Parlamento, á quienes dijo: «Vuestros buenos consejos me han sido muy gratos y de ellos deseo servirme en mis principales negocios,» dicho lo cual los hizo pasar al gabinete de los libros, en donde los consejeros Villeroy, Jeannin, Chateaufort, Pontcarré y Gesvres, reunidos ya en sesión, les preguntaron si juzgaban oportuno «incoar el proceso al cuerpo muerto.» Los magistrados, después de deliberar, opinaron «que el rey no estaba obligado á justificar su acto.»

Mangot, el guardasellos, estaba en el Louvre; Luynes le cogió los sellos de las manos y le ordenó que se fuera. Barbín fué encarcelado. En cuanto á Richelieu, que acudió á ver qué podía esperar, parece que el rey le dijo: «Ya estoy libre de vuestra tiranía;» pero Luynes pronunció algunas palabras en su favor. Entró luego en la sala donde se celebraba el Consejo; Villeroy le preguntó en calidad de qué se presentaba y «los señores que constituían el alma del Consejo» continuaron despachando los asuntos sin ocuparse de él. «Después de

haber permanecido en aquel sitio, dice el propio Richelieu, el tiempo suficiente para decir que yo había entrado allí, me retiré silenciosamente.»

La mariscal había hecho pedir auxilio á María de Médicis, y al comprender que estaba abandonada, escondió sus alhajas, sus piedras preciosas y su dinero en su cama y se acostó; pero los arqueros de la guardia la tiraron al suelo, vaciaron su jergón y se la llevaron presa á la cámara del Louvre en donde había estado encerrado Condé. El cuerpo de su esposo fué llevado por la noche á San Germán l'Auxerrois y enterrado desnudo y envuelto en una mala mortaja, debajo de los órganos; pero el populacho desenterró el cadáver, lo despedazó y paseó los restos por las calles.

En París y en las otras grandes ciudades, la población se alegraba de verse libre de aquel enemigo público. Los rebeldes deponían las armas, abrían las fortalezas y licenciaban á los soldados como si sólo hubiesen combatido contra Concini; Mayenne y Nevers acudían personalmente á asegurar al rey su obediencia, y Bouillon, que estaba enfermo, enviaba emisarios. No había más que un partido, el del rey.

En torno de la reina madre, que durante nueve días estuvo como prisionera, se había hecho el vacío. Pidió que le dejaran ver á su hijo y su petición no fué atendida; Luynes quería alejarla, y al fin se resignó á salir de París y de la corte. El obispo de Luzón fué quien negoció las condiciones de su retirada, y como veía que el partido vencedor no lo perdonaba, se unió á María de Médicis, esperando reconciliarla con Luynes y con Luis XIII ó con Luis XIII contra Luynes, y en uno y otro caso rehacer su fortuna. El negociador obtuvo para la reina madre, que le había nombrado jefe de sus consejos, que no se la obligara á ir más lejos de Blois. Antes de la partida, madre é hijo se vieron para despedirse (2 de mayo), habiéndose de antemano convenido las palabras que entre ellos debían mediar. María, «con acento entrecortado por los sollozos,» afirmó que nunca había tenido otra mira que los intereses de su hijo; el joven rey dijo únicamente «que quería empezar á gobernar su Estado, que ya era tiempo de que lo hiciera y que en todas partes demostraría que era un buen hijo.»

Al día siguiente (3 de mayo) María salió del Louvre y atravesó París, viéndose al paso insultada con alusiones á sus relaciones con Concini.

CAPÍTULO IV

LUYNES Y LA POLÍTICA CATÓLICA (1)

I. El gobierno de los vejestorios. — II. Luynes y María de Médicis. — III. Renacimiento católico. — IV. Inteligencia con la casa de Austria. — V. Guerra contra los protestantes.

I. — El gobierno de los vejestorios

El heredero del poder de Concini fué Luynes. Era éste un hidalgo provenzal, cuyo padre, funcionario afortunado é hijo, según dice maliciosamente Richelieu, de un canónigo de Marsella, De Albert, y de una cama-

(1) FUENTES: (Mayer), *Des Etats généraux et autres assemblées nationales*, XVIII. *Mémoires de Matthieu Molé*, pub. por Amado Champollion Figeac, I, «Soc. H. F.» *Mercurio francés*, tomos V, VI y VII. *Recueil des pièces les plus curieuses qui ont été faites pendant le règne du connestable M. de Luynes*, 2.ª ed.,

ra, poseía la casa de Luynes, junto á Aix, el viñedo de Brantes, en una peña, y el islote de Cadenet, en pleno Ródano, otros tantos señoríos que, á falta de rentas, dieron un nombre á sus hijos. El mayor, Carlos de Albert de Luynes, comenzó por ser paje del conde de Lude y fué luego colocado por Enrique IV al servicio del Delfín; era guapo, buen mozo y diestro en todos los ejercicios corporales como sus dos hermanos, Brantes y Cadenet.

1624. *Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'Etat du cardinal de Richelieu*, I y VII, «Coll. Doc. inéd.» *Mémoires de Richelieu*, Mich. y Pouj., 2.ª serie, VII. *Mémoires de Pontchartrain*; *Mémoires de Fontenay-Mareuil*, M. y P., 2.ª serie, V. Deageant, *Mémoires*, 1668. Arnaldo de Andilly, *Journal inédit*, 1614-1620, pub. por Aquiles Halphen, 1857. Bentivoglio, *La Nunziatura di Francia del cardinale Guido Bentivoglio. Lettera a Scipione Borghese, cardinal, nipote e segretario di Stato di Paolo V*, pub. por Luis de Steffani, Florencia, I-IV, 1863-1870. *Mémoires d'Etat de Villeroy*, 1665, III. *Oeuvres mêlées* del presidente Jeannin, consecutivas de sus *Négociations*, («Pant. littér.» ed. de 1875. Mariscal de Bassompierre, *Journal de ma vie*, «S. H. F.» II, 1873. Barozzi y Berchet, *Relazioni dagli ambasciatori veneti... nel secolo decimosettimo*, Serie II, Francia, I. A. de Barthélemy, *Actes de l'Assemblée générale des églises réformées de France (1620-1622)*, «Archives historiques du Poitou,» 1876. Barthélemy de Gramond, *Historia prostratae a Ludovico XIII sectariorum in Gallia rebellionis*, Tolosa, 1623. (Claudio Malingre), *Histoire de la rébellion excitée en France par les rebelles de la religion prétendue réformée es années 1621-1622*, Paris, 1622. Carlos Bernard, *Histoire du roy Louis XIII*, 1646. *Mémoires du duc de Rohan*, M. y P., 2.ª serie, tomo V. *Mémoires de J. de Bouffard-Madame sur les guerres civiles du duc de Rohan*, pub. por C. Pradel, 1610-1629. «Archives historiques de l'Albigeois,» Fasc. V, 1898. *Mémoires authentiques de Jacques Nompar de Caumont, duc de La Force, maréchal de France, et de ses deux fils, les marquis de Montpoullan et de Castelnaud*, pub. por el marqués de La Grange, 1843. II y IV.

OBRAS DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, 1757, I y II. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII, roi de France et de Navarre*, 1758, I. G. Picot, *Histoire des Etats généraux*, 2.ª ed., 1888. Victor Cousin, *Le duc et comte de Luynes*, «Journal des Savants,» mayo, junio, julio, septiembre, octubre, noviembre de 1861; mayo, junio, agosto, septiembre, octubre y noviembre de 1862; enero de 1863. Bertoldo Zeller, *Le comte de Luynes. Montauban et la Vallée d'après les Archives d'Italie*, 1879. G. Hanotaux, *Histoire du cardinal de Richelieu*, tomo II, 2.ª parte: *Richelieu rebelle. La crise européenne de 1621. Richelieu cardinal et premier ministre (1617-1624)*, s. d. E. Pavie, *La guerre entre Louis XIII et Marie de Médicis*, 1899. León Geley, *Fancan et politique de Richelieu de 1617 à 1627*, 1884. Gustavo Fagniez, *Le Père Joseph et Richelieu*, 1894. L. Dedoures, *De patris Josephi Turciados libris quinque*, 1894. El P. Prat, *Recherches... sur la Compagnie de Jésus en France du temps du P. Coton*, IV y V, 1876-1878. Fortunato Strowski, *Saint François de Sales*, 1898. Félix Robiou, *Essai sur l'histoire de la littérature et des mœurs pendant la première moitié du XVII^e siècle*, tomo I (único publicado): *La France de la paix de Vervins à l'avènement de Richelieu*, 1858. Mauricio Ritter, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Gegenreformation und des Dreissigjährigen Krieges*, 1555-1648, II (1586-1618), Stuttgart, 1895. Federico Harter, *Geschichte Kaisers Ferdinands II., bis zu dessen Krönung in Frankfurt*, 1854, VII; del mismo, *Geschichte Kaisers Ferdinand II.*, 1857, I. Italo Raulich, *La congiura spagnuola contra Venezia*, 1893. Ernesto Denis, *Fin de l'indépendance bohème. II. Les premiers Habsbourgs, La Défenestration de Prague*, 1890. E. Charveriat, *Histoire de la guerre de Trente Ans*, I, 1878. A. Langel, *Henry de Rohan. Son rôle politique et militaire sous Louis XIII (1579-1638)*, 1889; del mismo, *Le duc de Bouillon d'après des documents inédits*, «R. des D. M.,» enero de 1877. Padre Puyol, *Louis XIII et le Béarn*, 1872. Enrique de La Garde, *Le duc de Rohan et les protestants sous Louis XIII*, 1884. Anquet, *Histoire des assemblées politiques des réformés de France (1577-1622)*, 1859; del mismo, *Un nouveau chapitre de l'histoire politique des réformés de France (1621-1626)*, 1865.

Los vencedores de Concini se repartieron los despojos del vencido: Vitry fué nombrado mariscal de Francia y Deageant contralor general de hacienda; pero Luynes se quedó con la mejor parte, pues obtuvo la lugartenencia general de Normandía, el gobierno de Pont-de-l'Arche, patrimonio de Ancre, un palacio en París, etc. Mandó procesar á Leonor Galigay, y el Parlamento, que en sus representaciones de 1615 denunciaba á los judíos y hechiceros que rodeaban á la reina madre, la condenó como judía y bruja por haber hecho horóscopos y mandado bendecir los pichones que se aplicaba sobre su cabeza enferma. Leonor murió valerosamente en 8 de julio.

Luis XIII había puesto nuevamente al frente de los asuntos á los antiguos ministros de su padre, al canciller Sillery, á Villeroy, al presidente Jeannin y hasta al guardasellos Du Vair, que gobernaron bajo la inspección cada día más exigente del favorito. Los «vejestorios», como se les llamaba, quisieron hacer más que los hombres de Concini, y habiendo sabido que los españoles habían atacado bruscamente Vercelli, el baluarte del Piamonte en el Sesia, enviaron tropas á Carlos Manuel y permitieron á todos los súbditos del rey «que quisieran ir allí... que fuesen.» En vista de que Vercelli se hallaba en situación cada vez más crítica, el rey resolvió enviar á Lesdiguières á Italia; pero luego, ante la promesa de que el rey de España, satisfecho ya con haber humillado al duque de Saboya, dejaría en paz aquella plaza, nada hizo.

Los españoles, sin embargo, después de haberse apoderado de Vercelli (junio), proyectaron apoderarse de Asti; Luis XIII, comprendiendo que se burlaban de él, ordenó á Lesdiguières que se pusiera en marcha. Entonces la corte de Madrid consintió en admitir al rey de Francia en el arreglo de los asuntos italianos, que España había intentado monopolizar. El canciller, el guardasellos, Villeroy y Jeannin concertaron con los embajadores de España, de Venecia y de Saboya las condiciones de la paz entre Felipe III y Carlos Manuel y entre el archiduque Fernando y los venecianos, «lo que se hizo y convino hacia fines del mes de agosto (en París), en gran honor y reputación del rey de Francia.»

Lesdiguières, que durante las negociaciones no había recibido orden alguna, decidióse de pronto, en septiembre, á reunirse con los piamonteses; pero poco después se le mandó que regresara á Francia. La paz se firmó en Pavía (9 de octubre de 1617) «según los artículos... resueltos en París» y que restablecían el *statu quo ante bellum*.

La reunión de una Asamblea de notables en Ruán fué una concesión hecha á la opinión pública.

El rey había convocado á 11 arzobispos y obispos, 13 nobles, dos de ellos protestantes (Du Plessis-Mornay y La Noue) y 27 procuradores y primeros presidentes de los parlamentos, cámaras de cuentas y tribunales de subsidios.

Luis XIII abrió la Asamblea el día 4 de diciembre, y luego designó, para que presidieran las deliberaciones, á su hermano, á los dos cardenales Du Perrón y de La Rochefoucauld, al duque de Montbazón y al mariscal de Brissac. Los hidalgos se quejaron del sitio designado á los miembros de los Tribunales supremos, y el

monarca, para acabar de una vez con las cuestiones de preferencia, declaró que en los Estados generales, el primer puesto correspondía á la Nobleza, pero que en aquella reunión de notables quería que según la índole de los asuntos, religión, guerra, hacienda y justicia, fuesen respectivamente los primeros en opinar el Clero, la Nobleza, los hacendistas y los miembros del Parlamento.

Otra originalidad de aquella asamblea fué que el gobierno tomó la iniciativa de las proposiciones: él era el que había formulado los veinte artículos sobre los cuales habían de dictaminar los notables; de modo que la reforma emanaba del mismo poder, y por tal concepto merece ser examinada. En el proyecto de reorganización del Consejo se habla de un Consejo encargado de la gestión de los asuntos secretos del Estado; es el mismo Consejo de gobierno que, según las épocas, se llamó Consejo de la Cámara, Consejo de los negocios, Consejo de Gabinete, y que el secretario de Estado, Pontchartrain, denomina en 1617 «Consejo principal y secreto.» Algo más adelante se llamará Consejo Superior.

El título de Consejo de los negocios correspondía á un Consejo en el cual se leerían los despachos del interior y del exterior, se discutirían las respuestas, se redactarían las instrucciones para los embajadores y se resolverían los asuntos más importantes, «sea para la paz, sea para la guerra.» Los notables aprobaron también la creación de un consejo de guerra que se reuniría una vez al mes y estaría formado «por algunos señores príncipes,» por los mariscales de Francia, funcionarios de la corona, otros señores, antiguos capitanes experimentados y por el secretario encargado del departamento de guerra (1) para tratar de todo cuanto con la guerra y las armas se relaciona. No se hace mención del Consejo de Dirección de hacienda, que probablemente se había fundido con el Consejo de Estado y de Hacienda.

La asamblea era de parecer, como el gobierno, de que se confiasen á las jurisdicciones competentes la mayor parte de los asuntos avocados al Consejo privado ó de las partes; pero habría querido, además, restringir la competencia jurídica del Consejo de Estado y de Hacienda, dejar á los Tribunales supremos, á los gobernadores y lugartenientes generales, á los bailes y senescales la represión de los delitos contra el Estado y el orden público y atribuir á la jurisdicción ordinaria los litigios entre los arrendatarios de los impuestos y los particulares, reservando únicamente al Consejo de Estado las contiendas entre el rey y los arrendatarios «en lo tocante á la interpretación de los artículos y de los arriendos.»

Igual desconfianza demostraron los notables contra los relatores del Consejo de Estado enviados en comisión, los cuales no se circunscribían á practicar informaciones y á relatar los hechos al Consejo del rey ó á denunciarlos á los tribunales competentes, sino que pretendían, en muchos casos, fallar por sí y ante sí. Detrás del relator, que según las antiguas ordenanzas,

(1) Como se ve, los servicios de los secretarios de Estado comienzan á especializarse, no siendo, pues, del todo exacta la afirmación de los que dicen que no hubo secretario de la guerra sino á partir de Richelieu.